

debían producir en Atenas la impresión que más tarde Ciceron explicaba á los romanos, comparando el estilo de Tucídides con el viejo, ácido y espirituoso Falerno ¹⁾. Por otra parte, este estilo no era más inteligible para los griegos y los romanos que para los helenistas modernos; y cuando Ciceron dice de los discursos de su *Historia* que son apenas inteligibles ²⁾, la filología moderna puede muy bien enorgullecerse de que sean muy escasos los pasajes de aquellos discursos cuyo sentido no ha podido aún descifrar.

Zopiro de Clazomene, el cual floreció hacia el año 270 a. Chr. Véase respecto de él á C. Müller, *Fragm. hist. graec.*, tomo 2, p. 75 y ss.]

¹⁾ Ciceron, *Brutus*, 83, 288.

²⁾ Ciceron, *Orat.*, 9, 30: *Ipsae illae (Thucydidis) conciones ita multas habent obscuras abditasque sententias, vix ut intelligantur.* [Véanse además, *Brutus*, c. 7, 29, y Dionisio, *De Thucyd. iudic.*, c. 51. La opinión de O. Müller, defendida también por Classen, la tiene Steinberg, sin duda con razón, por demasiado optimista.]

CAPÍTULO XXXV

Nuevo cultivo de la oratoria por Lisias.

Terminada la guerra del Peloponeso, después de los inmensos esfuerzos y la terrible caída del poderío ateniense, hubo un período de agotamiento y de reposo. La libertad y la democracia fueron restablecidas por Trasíbulo; pero Atenas no era ya la capital de un gran Imperio, la señora de los mares y de las costas; y sólo gracias á la prudencia y habilidad de Conon para con los persas, recuperó una pequeña parte de su antigua supremacía. Las artes plásticas, que tanto habían brillado bajo el gobierno de Pericles y con el cincel de Fidias, faltas del genio emprendedor que en otra época las vivificara, no pudieron echar nuevos retoños hasta que, en la generación siguiente, á partir de la 102.^a Olimpiada, 372 a. Chr., brillan con esplendor nuevo merced á los esfuerzos de la segunda escuela ática de Praxiteles. La poesía, por su parte, degeneraba gradualmente en retórica sutil, hueca y rimbombante, como lo demuestran la tragedia y el ditirambo de la época. Los arranques sublimes, el noble sentimiento de la propia grandeza, el vigor y la energía en el esfuerzo, parecían desterrados del arte como lo estaban de la vida.

Y sin embargo, en esta época de postración y acabamiento, la prosa, libre ya de las trabas que hasta entonces la sujetaran, emprendió un nuevo y más desembarazado rumbo que debía conducirla á la perfección y desenvolvimiento total. Lisias é Isócrates, los dos jóvenes que en el *Fedro* de Platon compara entre sí Sócrates, para censurar severamente al primero y cifrar en el segundo las más lisonjeras esperanzas, siguiendo caminos diversos é iniciando felices innovaciones, dieron á la oratoria una forma completamente nueva.

Era *Lisias* oriundo de Siracusa y miembro de familia distinguida ¹⁾. Su padre, Céfalo, habíase establecido en Atenas á instancias de Pericles, y allí vivió treinta años ²⁾. En los *Diálogos* de Platon acerca del Estado, hacia el año 2 de la 92.^a Olimpiada, 411 a. Chr. ³⁾, figura Céfalo como hombre muy anciano, respetado y amado de cuantos le rodean. Al fundarse la gran colonia de Turio, empresa á que habíase asociado casi toda la Grecia, año 1 de la 84.^a Olimpiada, 444 a. Chr., Lisias, que á la sazón contaba quince años de edad ⁴⁾, había ido allá con su hermano Polemarco, para tomar posesión del lote asignado á su familia. En Turio, se consagró al estudio de la Retórica que se enseñaba en la escuela de los sofistas sicilianos. Fueron sus maestros el célebre Tisias y otro siracusano nombrado Nicias ⁵⁾; y no volvió á Atenas sino cuando ya se hallaba en la edad madura, hacia el año 1 de la 92.^a Olimpiada, 412 a. Chr.; allí vivió algunos años en la casa de su padre Céfalo, hasta que á su vez comenzó á ejercer el oficio de sofista ⁶⁾. Aunque no era ciudadano de Atenas, sino simplemente cliente ⁷⁾,

¹⁾ [Contra lo que afirma Timeo, sostiene expresamente Ciceron en su *Brutus*, 16, 63, que Lisias nació en Atenas.]

²⁾ [Según el testimonio capital de Lisias, *Contra Eratóstenes*, § 4.]

³⁾ Según la fecha de la *República*, determinada y probada por Böckh en dos programas de la Universidad de Berlin, de 1838 y 1839. [Reimpresos con un tercer programa en 1840 en el tomo IV de los *Kleine Schriften*, p. 437 á 492.]

⁴⁾ [Contra la fijación del año 459 a. Chr., como fecha del nacimiento de Lisias, se han hecho valer múltiples consideraciones. Según Vater, *Rerum Andocidarum*, parte II, en el *Jahrb. Suppl.*, vol. 9, p. 165 y ss., de Jahn, y Westermann, *Lysias orat. praef.*, p. V, el año 1 de la 83.^a Olimpiada, 448 a. Chr., se trasladó Céfalo á Atenas, donde nació su hijo Lisias el año 1 de la 87.^a Olimpiada, 432 a. Chr. El mismo Lisias contaba dieciséis años cuando emigró á Turio, donde permaneció hasta el 1 de la 92.^a Olimpiada, 412 a. Chr. C. Fr. Hermann, *Ges. Abh.*, p. 15, dice que Lisias nació el 444 a. Chr., al par que fija en 430 la época en que se celebraban los coloquios que forman el asunto de la *República*. Dificilmente puede resolverse con seguridad esta cuestión. No existe testimonio alguno que acredite que Lisias emigró á Turio, en la época de la fundación de la colonia.]

⁵⁾ [De este Nicias, á quien Pseudoplutarco, Focio y Suidas, fundándose en el mismo testimonio, presentan como maestro de Lisias, no se halla ninguna otra mención. Spengel, *Συναγωγή*, p. 38, supone que este nombre ha sido resultado de un error ó de la confusión con el de Tisias.]

⁶⁾ *Λυσίας ὁ σοφιστής*, se dice en el discurso contra los Neera, p. 1352 de Reiske, y no es dudoso que se trata del orador.

⁷⁾ *μέτοικος*. Trasíbulo quería haberlo hecho ciudadano, pero las circunstancias no favorecieron este deseo, y el orador continuó siendo *ἰσοτελής*, clase privilegiada entre los clientes. En calidad de isóteles, los miembros de su familia

él, como toda su familia, lucharon con empeño en favor de la democracia. A causa de esto, bajo el gobierno de los Treinta, Polemarco fué obligado á beber la cicuta, y Lisias sólo pudo librarse de las persecuciones de los tiranos, refugiándose en Megara; motivo más para que se mostrase dispuesto á auxiliar con el resto de su patrimonio á Trasíbulo y demás campeones de la libertad que se hallaban en File, y á apoyar con todas sus fuerzas el restablecimiento de la democracia ¹⁾.

Habíase vuelto á establecer en Atenas como propietario de una fábrica de escudos y profesor de Retórica, cuando un acontecimiento que le afectaba muy de cerca, abrióle un nuevo camino. Eratóstenes, uno de los Treinta, quiso aprovecharse de la amnistía concedida por el pueblo á los tiranos, si lograban justificarse completamente dando pública cuenta de su conducta. A este fin, Eratóstenes alegó que había pertenecido, entre los Treinta, al partido moderado de Teramenes, y que precisamente por esto había sido perseguido por el violento y despiadado Critias; pero habiendo sido Eratóstenes quien cumpliendo un decreto de los Treinta, había cogido á Polemarco en la calle y encerrándole en una prisión de donde no salió sino muerto, al comparecer ante la Asamblea para justificar su proceder ²⁾, Lisias se presentó como acusador. Hasta entonces, según su propio dicho, no había comparecido jamás ante los tribunales para intervenir en sus propios asuntos ni en los de otros ³⁾. Lisias comienza por acusarle de su participación en la muerte de Polemarco y demás daños que se habían causado á su familia; examina luego toda la carrera política de Eratóstenes, el cual había formado parte también de los Cuatrocientos y sido uno de los cinco éforos elegidos después de la batalla de Egos-Potamos, á instancias de las heterías ó sociedades secretas; y sostiene que Teramenes, el más clemente y moderado en apariencia, era precisamente el que ma-

antes del gobierno de los Treinta, habían dado coros como cualesquiera otros ciudadanos.

¹⁾ Evidentemente movido por un interés personal, recuerda Lisias en el *Epitafio*, § 66, á los extranjeros, esto es, á los clientes que habían muerto combatiendo en el Pireo, al lado de los libertadores de Atenas. [Véase la nota 4 de la pág. 381 del presente tomo.]

²⁾ *εἰδύνη*.

³⁾ *οὐτ' ἑμαυτοῦ πώποτε οὔτε ἀλλότρια πράγματα πράξας*, en el discurso *Contra Eratóstenes*, § 3.

yores males había acarreado al Estado con sus intrigas. En todo el discurso late la convicción más arraigada y el espontáneo calor que naturalmente había de inspirar á Lisias, asunto que tan de cerca le interesaba. Después de dirigir á los jueces las más enérgicas exhortaciones, acaba diciéndoles: «Con esto termino mi acusación; habéis escuchado, visto y comprendido; ahora que todo lo sabéis, juzgad»¹⁾).

Este discurso formó época en la vida del orador, en sus aficiones y sus estudios, en el estilo de su elocuencia, y podemos agregar que en toda la historia de la prosa ateniense. Hasta entonces Lisias había estado enteramente consagrado á la oratoria de escuela, instruyendo á la juventud y componiendo ejercicios retóricos á la manera de los sofistas sicilianos. De esta suerte, no podía sustraerse al amaneramiento que siempre acompaña á este modo de cultivar la elocuencia, con tanto más motivo, cuanto que se hallaba enteramente bajo el influjo de la escuela que había producido á Gorgias. La tendencia á mostrar el poder de la oratoria presentando como verosímil lo que no lo es, y admisible lo que es insensato; la manía de la paradoja, y la distribución forzada y violenta de los materiales: la delicadeza y galanura exageradas en los pormenores, y la total falta de ese calor natural que sólo puede ser resultado de la convicción y del sentimiento de la realidad, eran notas comunes á Lisias y á Gorgias; y únicamente se diferenciaban en que el segundo, movido por innato amor al brillo y á la ostentación, procuraba sobre todo halagar el oído con la armonía, la imaginación con la esplendidez de la palabra, y la inteligencia con la magia de la oratoria; mientras que Lisias, más frío y sobrio por naturaleza, y familiarizado con la agudeza y penetración del genio ático gracias á sus constantes relaciones con los atenienses cuyo partido había abrazado también en Turio²⁾, daba á la elocuencia sofística más originalidad, mayor novedad en las ideas y más lucidez y vigor en la expresión³⁾.

¹⁾ [πάνυσομαι κατηγορῶν. Ἀκηκόατε, ἑωράκατε, πεπόνθατε, ἔχετε· δικάζετε. Análoga es la terminación del sexto discurso contra Andócides, cuya autenticidad se ha puesto en tela de juicio.]

²⁾ Lisias dejó á Turio cuando, después de la expedición á Sicilia, el partido lacedemonio comenzó á prevalecer en la colonia y á oprimir al ateniense.

³⁾ [No contribuiría poco á esta superioridad la gran diferencia que había, y que entonces debió acentuarse más, entre un simple discurso de aparato, y una oración encaminada á servir los más importantes intereses personales.]

Esta idea del primitivo estilo del orador siracusano, la entre-sacamos, sobre todo, del *Fedro* de Platon, una de las primeras obras del gran filósofo¹⁾, cuyo fin es colocar el amor sincero á la verdad, por encima del juego de pensamientos y palabras propio de los sofistas. Un amigo de Sócrates, el joven Fedro, muéstrase en este diálogo como admirador entusiasta de un discurso de Lisias; Fedro lo lee á Sócrates á petición de éste, quien chanceándose unas veces y con seriedad otras, le hace comprender la vanidad y sutileza de aquel linaje de retórica. El fin de este discurso, que Platon no tomó verosímilmente de Lisias, sino que lo compuso él mismo para mostrar en un solo y elocuente ejemplo todos los artificios de aquel género retórico²⁾, es persuadir á un joven de que debía mostrarse más afable y complaciente con quien no le quisiera que con quien le amara. No sólo el asunto de esta obra es perfectamente sofístico, sino que su ejecución, fría é inanimada, no es ni más ni menos que el vano producto de la inventiva. Enuméranse uno tras otro todos los argumentos en pro de la dicha tesis, analizándolos con minuciosidad y cuidado; mas no se ve allí unidad de pensamiento, ni vínculos de ideas, ni el enlace necesario de unas partes con otras, ni los varios miembros están agrupados en un solo cuerpo: de todo lo cual nace una monotonía fatigosa y pesada en la manera de enlazar las oraciones³⁾. Por lo que toca á la forma, adviértese desde luego el amor á las antítesis con todas sus antiguas galas, *isócola*, *homeoteleuta*, etcétera⁴⁾. La dicción no ofrece ciertamente el lujo poético de

¹⁾ Según antigua tradición, estaba escrito antes de la muerte de Sócrates, año 1 de la 95.^a Olimpiada, 399 a. Chr.

²⁾ [A juzgar por lo que dice L. Schmidt en las *Verhandl. der 18. Versamml. deutscher Philologen*, Wien, 1858, la opinión contraria es la única que debe ser considerada exacta. Véase Blass, *Die attische Beredsamkeit von Gorgias bis auf Lysias*, p. 417. Igualmente persuasivos son los argumentos de E. Egger, en una *Memoria* publicada en el *Annuaire de l'association pour l'encouragement des études grecques en France*, 5.^{me} année, 1871, p. 17 y ss., que Schmidt no ha conocido. En todo caso, la cuestión aquí es distinta de la que ofrece el discurso de Agaton en el *Banquete*.]

³⁾ En este breve discurso comienzan cuatro proposiciones por ἔτι δέ, y cuatro por καὶ μὲν δή.

⁴⁾ En el pasaje p. 233: ἐκεῖνοι γὰρ καὶ (a) ἀγαπήσουσι, καὶ (b) ἀκολουθήσουσι, καὶ (c) ἐπὶ τὰς θύρας ἕξουσι, καὶ (α) μάλιστα ἡσθήσονται, καὶ (β) οὐκ ἐλαχίστην χάριν εἰσονται, καὶ (γ) πολλὰ ἀγαθὰ αὐτοῖς εἴζονται, los miembros α, β, γ, están divididos en tres, sólo por amor al equilibrio de los *homeoteleuta*.

Gorgias, pero revela tal cuidado y artificio, que al punto se comprende el trabajo y fatigas que tan minuciosa y atenta tarea debió costar á su autor.

En la colección de obras de Lisias que ha llegado hasta nosotros, no hallamos ejercicio alguno de escuela (*μελέτη*) como el de que acabamos de hacer mérito, ni tampoco discursos anteriores á la acusación de Eratóstenes; sólo contiene, por consiguiente, obras escritas en la edad madura y que muestran el gusto más perfeccionado de su autor ¹⁾. Entre ellas hay sin embargo, una que ofrece no pocos vestigios del primitivo estilo de Lisias; mas la razón de esto debe buscarse en la misma naturaleza del asunto. La oración fúnebre por los atenienses muertos en la guerra de Corinto, que Lisias escribió después del año 3 de la 96.^a Olimpiada, 394 a. Chr., pero que verosímilmente jamás dijo en público, pertenece á un género de elocuencia que se distingue de la de las arengas políticas ²⁾ y forenses ³⁾, en que no tenía fin práctico alguno. Por la misma causa, este género de oratoria que puede muy bien denominarse elocuencia de aparato ⁴⁾, no se hallaba al alcance de los impulsos que producían un movimiento más libre y espontáneo en los otros dos géneros mencionados. Singularmente cultivado por los sofistas que pretendían poder ensalzarlo y censurarlo todo, conservó largo tiempo, aun después del gobierno de los Treinta, el sello y carácter que de aquéllos recibiera. La obra de que venimos hablando se ha conservado en el *Epitafio* de Lisias. Como discurso de aparato que es, el autor recuerda los tiempos fabulosos y los históricos, relatando por orden cronológico las grandes empresas de Atenas; refiere minuciosamente los legendarios rasgos heroicos y humanitarios de los atenienses en la guerra con las amazonas, en los funerales de los héroes muertos al pie de los muros de Tebas, y la hospitalidad otorgada á los Heráclidas; cuenta luego las hazañas de los atenienses en las guerras con los persas,

¹⁾ Excepción hecha, según parece, del breve discurso *πρὸς τοὺς συνουσιαστὰς κακολογιῶν*, que ni es discurso forense, ni simple *μελέτη*; sino un trabajo nacido, según todas las apariencias, de las circunstancias de la vida real, pero ajustado al modelo sofístico, en el cual Lisias renuncia á la amistad de sus camaradas y de cuantos hasta entonces habían sido buenos amigos suyos.

²⁾ *συμβουλευτικὸν γένος, deliberativum genus.*

³⁾ *δικανικόν, iudiciale.*

⁴⁾ *ἐπιδεικτικόν, πανηγυρικὸν γένος.*

describe rápidamente la del Peloponeso, á diferencia de Tucídides que concedió á estos sucesos excepcional atención, y no insiste sino en lo que se presta á la declamación altisonante ¹⁾. Están expuestas estas ideas de una manera tan artificiosa y afectada, que no es de extrañar que algunos eruditos no hayan reconocido en este discurso, al Lisias de las oraciones forenses; en efecto, en todo él se advierte un paralelismo de proposiciones, monotono y artificioso, y cuyas antítesis son más frecuentemente antítesis de palabras que de ideas ²⁾; el mismo Polo, ó cualquiera otro discípulo de Gorgias, no habría podido abusar más de la rima ³⁾ y demás artificios retóricos ⁴⁾.

Es probable que Lisias no hubiera abandonado jamás este estilo rebuscado y falso, si un sentimiento profundo de dolor y de ira como el que en su pecho despertó la procacidad de Eratóstenes, no hubiera dado á su palabra y despertado en su alma fuego y vehemencia incontrastables. No quiere esto decir que no se reconoce y adivina hasta en la misma arenga contra Eratóstenes, la escuela en que su autor se había formado. Se encuentra fácilmente, es verdad, en los pasajes más enérgicos y violentos, la tendencia á hacer comparaciones y distingos; pero esta tendencia está perfectamente subordinada á las exigencias de los esfuerzos sinceros y espontáneos que Lisias hace para poner al descubierto la indignidad y vileza de su adversario.

Esta ocasión reveló al orador cuál era el estilo que más cuadraba á su carácter, y el que más efecto producía en los jueces. Entonces—contaba cincuenta años—comenzó á escribir, como Antifon, discursos para los que sin tener suficiente confianza en

¹⁾ El único pasaje en que muestra verdadero calor, es aquel en que elogia á los que libraron á Atenas de la tiranía de los Treinta, y á los extranjeros que habiendo combatido en aquella ocasión por la democracia, recibieron, después de muertos, honores iguales á los que se tributaron á los ciudadanos, § 66.

²⁾ Como cuando Lisias, § 25, dice: «Sacrificando el cuerpo, y no estimando la vida por amor á la virtud»: donde cuerpo y vida (*ψυχή*), no forman verdaderas antítesis, sino solamente *ψευδῆς ἀντίθεσις*, para servirnos de la gráfica expresión de Aristóteles, *Retórica*, 3, 9.

³⁾ *παρηγήσεις*, como *μνήμην παρὰ τῆς φήμης λαβών*, *Epitafio*, § 3.

⁴⁾ [Véase Blass, *op. cit.*, p. 329 y ss., donde se hallan expuestas las razones en contra de la autenticidad del *Epitafio*. Cuan superficialmente se redactaban estos discursos, lo demuestra el examen de los pasajes paralelos, en la *Pseudolysiae oratio funebris*, ed. Mart. Erdmann, Lipsiae, 1881.]

sus fuerzas tenían que acudir ante los tribunales ¹⁾). Como los que se veían obligados á pedir ayuda á los logógrafos, eran por lo general ciudadanos no habituados á hablar en público ²⁾, el estilo que más cuadraba á este género de discursos, era un estilo sencillo y libre de artificios retóricos; Lisias, por consiguiente, tuvo que adoptar para sus nuevos trabajos este estilo, al cual fué poco á poco habituándose; y resultado de todo ello fué que acabó por ser para sus contemporáneos el modelo más perfecto del estilo sencillo ³⁾.

Con todo el tacto de un poeta dramático, el orador distinguía entre los varios personajes en cuyos labios ponía sus arengas, haciendo hablar á cada uno, joven ó anciano, pobre ó rico, ignorante ó instruído, con arreglo á su condición y capacidad; cualidad que los antiguos críticos elogiaban, dándole el nombre de *ethopæia* ⁴⁾; el tono dominante, sin embargo, era el que conviene á las medianías. Lisias, pues, se atemperó á la construcción gramatical menos fuerte y vigorosa del lenguaje vulgar ⁵⁾, sin preocuparse del arte entonces naciente de la construcción periódica. Mas cuando le interesa que el lector observe y comprenda la unidad de pensamiento en una combinación de ideas, demuestra que también sabe enlazar y agrupar más fuertemente las proposiciones ⁶⁾. Usó con gran sobriedad las llamadas figuras de pensamiento, que ya hemos presentado antes como desviaciones del desarrollo natural del pensamiento mismo, al par que renunciaba en absoluto á las figuras del discurso en que otro tiempo

¹⁾ [Véase Aristóteles, en Ciceron, *Brutus*, 12, § 48: *nam Lysiam primo profiteri solitum artem esse dicendi, deinde quod Theodorus esset in arte subtilior in orationibus autem ieiunior, orationes cum scribere aliis coepisse, artem removisse.*]

²⁾ Véase Quintiliano, *Inst.*, 3, 8.

³⁾ ὁ ἰσχνός, ἀφελὴς χαρακτήρ, *tenue dicendi genus*. [Verosíblemente la distinción entre estas tres clases de estilo, descansa en lo expuesto por Teofrasto en su obra *περὶ λέξεως*.]

⁴⁾ Dionisio de Halicarnaso, *De Lysia ind.*, c. 8, 9, p. 467 de Reiske. Véase *De Isao*, c. 3, p. 589.

⁵⁾ λέξις διαλελυμένη, casi como εἰρομένη. [Igual significado tiene *διηρημένη*. Véase Volkmann, *op. cit.*, p. 433.]

⁶⁾ Ἡ συστρέφουσα τὰ νοήματα καὶ στρογγύλως ἐκφέρουσα λέξις, dice Dionisio de Halicarnaso, *De Lysia ind.*, 6, p. 464. A diferencia de Tucídides, coloca las proposiciones causales y los participios, ya delante, ya detrás de la proposición principal: las circunstancias *exteriores ú objetivas* por ejemplo, delante, y las *zonas subjetivas*, detrás.

estribó toda la elegancia de la oratoria. En punto á vocablos y locuciones, Lisias se ajustó perfectamente al lenguaje vulgar, renunciando á todo adorno poético, neologismos y metáforas. Su fin, en suma, era proporcionar á sus clientes cuantos argumentos y razones pudieran exponer al tribunal en el breve tiempo que la *clepsydra* concedía al acusador y al acusado. Los exordios van encaminados á predisponer á los jueces en favor de las causas que en los discursos se defienden; la parte expositiva que era la que sobre todo conquistó al orador la admiración de los antiguos, es siempre natural, interesante, enérgica y á menudo salpicada de detalles que dan al asunto cierta realidad mímica; las pruebas y las refutaciones se distinguen por una claridad y una abundancia de argumentos que no dejan lugar á duda. En suma, sus discursos reunían cuantas condiciones debían tener para lograr el fin á que iban encaminados: la sentencia favorable del juez, la cual muy pocas veces dejaron de conseguir ¹⁾. Póngase en el lugar de Lisias, simple cliente y logógrafo, á un ciudadano y estadista de gran perspicacia, profundo conocedor de los asuntos públicos de su patria y dotado de la hermosa palabra de aquel orador insigne, y se tendrá el modelo del poder y majestad de la elocuencia ateniense.

Sus más hermosas oraciones, son las encaminadas á vengar las injurias sufridas por Atenas y sus ciudadanos en la época de su postración, ya por las intrigas de los oligarcas que precedieron á la tiranía de los Treinta, ya por los mismos Treinta, y que tanto habían hecho sufrir á Lisias y su familia. Cuéntase en este número el discurso contra *Agorato*, que es entre los que se conservan el que más se asemeja al dirigido contra Eratóstenes ²⁾. Consignando en el exordio que el acusado es tan enemigo del juez como del acusador, el orador predispone á los jueces en favor de su causa; de manera que despierta vivo interés, anuncia una relación que explana á poco, y de la cual resulta que la caída de la democracia estaba íntimamente ligada con la

¹⁾ [Según Pseudoplutarco y Focio, *Vitae X. Oratorum*, sólo dos de los discursos que escribió para otras personas, no alcanzaron el fin á que iban encaminados.]

²⁾ Fué pronunciado el año 4 de la 94.^a Olimpiada, 401 a. Chr., y constituye una acusación *ἀπαιτωγής*, esto es, una demanda de ejecución inmediata de la pena impuesta, porque el acusador considera á Agorato como un asesino, que, menospreciando las leyes dictadas contra los de su jaez, frecuenta los templos y las Asambleas populares.

muerte de Dionisodoro, que era cabalmente la persona á quien el acusador se proponía vengar. Este relato que expone y aclara el verdadero estado de las cosas y que va al comienzo del discurso como asunto principal del mismo ¹⁾, principia por la batalla de Egos-Potamos y revela todas las abominables intrigas de Teramenes, para poner á la patria indefensa, en manos del enemigo. El temor de Teramenes de que los jefes del ejército descubrieran y echasen por tierra sus proyectos, lleva como por la mano al orador á relatar el delito de Agorato, el cual se prestó de buen grado á denunciar á los jefes como enemigos de la paz; por esto, fueron reducidos á prisión y condenados á muerte por el Consejo, bajo la tiranía de los Treinta. Esta relación, comenzada con los más vivos colores, y confirmada en lo esencial por otros testimonios, termina—con la misma admirable sencillez que brilla en todo el discurso—con una escena en que Dionisodoro, preso, después de disponer libremente de sus bienes, impone á su hermano, á su cuñado, al acusador, á todos sus amigos, y hasta al hijo que su esposa, vestida de luto, lleva en el seno, el sagrado deber de vengar su muerte en Agorato, que era, según las máximas profesadas en Atenas, el causante principal de su desgracia. En breves palabras expone luego el acusador á los jueces, todos los males acarreados por los Treinta, quienes, sin estas intrigas, jamás habrían logrado empuñar las riendas del gobierno; refuta los argumentos que en su favor pudiera aducir el contrario, examinando cuidadosamente todos los pormenores de su denuncia; describe luego la vida entera de Agorato, la deshonra de su familia, la usurpación por él cometida de los derechos de ciudadanía, sus relaciones con los libertadores de Atenas en File, con los cuales trató de congraciarse ²⁾, aunque ellos le rechazaron como asesino; justifica la antigua forma del procedimiento sumario (apagoge), que, en su sentir, debiera aplicarse al acusado; y termina seña-

¹⁾ Lisias se sirve á menudo de la *διήγησις*, en lugar de la *κατάστασις* (exposición del *status causae*) y sigue inmediatamente al exordio, á diferencia de lo que vemos en Antifon, el cual expone á continuación del proemio, y suprimiendo la *κατάστασις*, una parte de los argumentos, verb. gr., las pruebas directas ó causas formales de nulidad, y luego pasa á la *διήγησις*, para explicar otros argumentos, por ejemplo, los de probabilidad.

²⁾ Queda aquí un punto oscuro: ¿Qué razones movieron á Agorato á pretender asociarse con los de File? El orador no lo dice, y se limita á citar el hecho para demostrar su impudicia, § 77. [Véase Frohberger, el cual remite al lector al 28, 12.]

lando repetidas veces á los jueces, el dilema á que inflexiblemente tenían que sujetarse: ó condenar á Agorato, ó declarar legítimamente condenados á los que habían muerto por su causa. Este sumario análisis basta para dar idea del mérito de discurso tan breve y sustancial, que quizá no consiente más tacha que la ya formulada por los antiguos retóricos: los argumentos que siguen á la exposición de los hechos, están mal enlazados y no ofrecen la unidad y armonía que le habría dado un encadenamiento de ideas fuerte y vigoroso ¹⁾.

Como orador, Lisias fué fecundísimo en estos años y en los siguientes; los antiguos tenían por perfectamente auténticos, doscientos cincuenta de los cuatrocientos veinticinco discursos que corrían con su nombre. De ellos se conservan treinta y cinco, que á juzgar por el orden con que han llegado hasta nosotros, debieron pertenecer á dos distintas colecciones ²⁾. Una de estas colecciones comprendía en un principio todos los discursos de Lisias, ordenados conforme á la índole de los procesos; clasificación que ya hemos visto aplicada también á los discursos de Antifon. De esta colección sólo se conserva hoy una parte que comprende los últimos discursos sobre homicidios, todos los relativos á la impiedad, y los primeros sobre injurias ³⁾; por casualidad ó por capricho, es lo cierto que entre estos discursos se halla la oración fúnebre. La segunda colección comienza con la importante arenga contra el tirano Eratóstenes; no contiene clases enteras de discursos, sino una serie de oraciones escogidas de Lisias, una especie de crestomatia, cuyo autor se guió sobre todo al formarla, por su amor á los asuntos de interés histórico. Así, hállanse entre estas oraciones, muchas que dan interesantísimas noticias sobre la época posterior al gobierno de los Treinta, y constituyen la fuente más importante para la historia de aquel tiempo, por cierto

¹⁾ [Véase Dionisio de Halicarnaso, *De Lysia iudic.*, c. 15, a, E.]

²⁾ Según descubrimiento de un joven amigo del autor, que verosímilmente ha de ser completado muy en breve. [Véase Sauppe, *Epistola critica ad G. Hermannum*, Lipsiae, 1841.]

³⁾ El discurso contra Eratóstenes, es una *ἀπολογία φόνου*; va seguido del discurso contra Simon, y de los *περὶ τραύματος*, que también pertenecen á los *φονηκοίς*: siguen después tres oraciones, *περὶ ἀσεβείας* por Calias, contra Andócides, y luego los discursos *κακολογιῶν* á sus camaradas, por el guerrero y contra Teomnesto. Harpocración, en la palabra *σηκός*, cita el discurso sobre el olivo como comprendido *ἐν τοῖς τῆς ἀσεβείας*, así como también sus *τῶν συμβολαίων λόγοι*, *ἐπιτροπικοί λόγοι*.

poco conocida. Excusado es decir que ninguna de ellas es anterior á la arenga contra Eratóstenes ¹⁾; ni puede asegurarse que haya alguna posterior al año 2 de la 98.^a Olimpiada, 387 a. Chr. ²⁾, por más que Lisias debió vivir hasta el 2 ó 3 de la 100.^a Olimpiada, 378 a. Chr. ³⁾. El orden en que se hallan coleccionados los discursos, ni es el cronológico, ni se ajusta rigurosamente á la índole de los procesos, sino que es una mezcla de estos dos sistemas de clasificación.

¹⁾ La oración en defensa de Polistrato no es de la época de los Cuatrocientos, sino que debió ser pronunciada con motivo del examen, *δοκιμασία*, á que Polistrato, como funcionario público de su tribu, tuvo que someterse, y en el cual fué acusado de haber sido uno de los Cuatrocientos. En ocasión semejante fué pronunciada la oración *δήμου καταλύσεως ἀπολογία*.

²⁾ De este año es probablemente el discurso sobre el patrimonio de Aristófanes.

³⁾ También fué escrita más tarde, el año 4 de la 98.^a Olimpiada, ó el 1 de la 99.^a, 384 a. Chr., la oración contra Teomnesto, que corresponde á la primera serie.

CAPÍTULO XXXVI

Isócrates.

Cabe dudar de si Platon hubiera prodigado á Isócrates en la edad madura, los elogios que le prodigó cuando era joven ¹⁾, y sobre todo, de si lo hubiera antepuesto incondicionalmente á Lisias. Isócrates, hijo de Teodoro, nació en Atenas el año 1 de la 86.^a Olimpiada, 436 a. Chr.; era por consiguiente, veinticuatro años menor que Lisias ²⁾. Fué sin duda, joven de buenas costumbres y codicioso de aprender, que para adquirir una educación esmerada, quiso recibir lecciones no sólo de Gorgias y de Tisias, sino también de Sócrates. Entre sus amigos pasaba por hombre que «en la elocuencia había de aventajar y dejar muy atrás á todos los oradores que le precedieran, y á quien un divino impulso llevaría á más grandes cosas; pues en su alma se albergaba el amor á la sabiduría». Tales son las palabras que hablando de él, pone Platon en labios del mismo Sócrates. Sin embargo, parece que Isócrates sólo se acercó al gran sabio, para adquirir conocimientos superficiales de moral, y para poder aparentar que había consagrado su vida á la investigación de la verdadera sabiduría. Lo principal para él fué siempre la Retórica, de tal suerte que no hubo en la antigüedad, quien con tanto celo y atención se dedicara al cultivo de este arte. Isócrates, pues, debe ser incluído en el número de los sofistas, de los cuales se diferenciaba única y exclusivamente en que no combatía la filosofía socrática que invoca la voz de la conciencia humana, con la insolente afirmación de que la oratoria lo hace todo igualmente verdadero ³⁾.

¹⁾ [En el *Fedro*. Véase el cap. XXXV, p. 379.]

²⁾ [Véase la nota 4 de la pág. 376 del presente tomo.]

³⁾ Véase el discurso *περὶ ἀντιδόσεως*, § 30, donde con razon rechaza el cargo que se le hacia de corromper á la juventud, enseñándola á presentar como justas ante los tribunales, las causas injustas. Véase el § 15.